

guerra contra las colonias. Desde 1814 hasta 1818, cinco revoluciones con las mismas tendencias habían estallado en la Península, y algunos de los que tomaron parte en ella se refugiaron en Buenos Aires, tomando servicio en sus ejércitos. Los jefes militares de la conspiración se organizaron en sociedades secretas, y Cádiz se hizo el centro de los trabajos revolucionarios. El general O'Donnell, fué iniciado en estos planes, y pareció en un principio dispuesto á ponerse á la cabeza del ejército para hacerlos triunfar. Próximo á estallar el movimiento, O'Donnell, después de conferenciar con el ministro de Marina, que lo era el ex-vice-roi de Buenos Aires don Baltasar Hidalgo de Cisneros, decidióse á sofocarlo, ayudado eficazmente por el general Sarsfield de origen irlandés, que se había interiorizado en los planes de los conjurados, afectando aprobarlos. El general en jefe proclamó una parte de las tropas, ofreciéndoles en premio de su fidelidad lo que más podía halagarlas, que era quedar exentas de marchar á América, y á la cabeza de ellas rindió sin resistencia los cuerpos complotados, arrestó á sus jefes y desbarató la conjuración, desbaratando al mismo tiempo la expedición. Poco después, introdujose en Cádiz la fiebre amarilla importada de la Habana, y se propagó en el ejército expedicionario (julio 1819). El primer peligro estaba conjurado: la expedición se hacía por el momento imposible, ó por lo menos no se realizaría

acontecimiento, repite como Torrente: « Los americanos no se descuidaron en fomentar la repugnancia y el descontento de los militares. » Á más del testimonio oficial del general Quiroga, citado por Pueyrredón, en el *Boletín* N.º 4 de su ejército proclamaba á éste diciéndole: « Nuestros hermanos de la América meridional se juntarán á nosotros para la defensa de nuestra causa; y nosotros recibiremos de ellos poderosos auxilios. » Los gastos hechos por Lezica y Arguibel en esta comisión fueron cubiertos por el tesoro argentino en vista de un expediente, en que « justificó Arguibel sus servicios en la insurrección de la expedición de Cádiz, para obtener el reembolso de lo que gastó con este objeto. »

con el poder suficiente para asegurar el éxito; pero esto no se sabía en Buenos Aires al tiempo de iniciar el repaso de los Andes, que coincidió con el primer aviso con que ostensiblemente se cubrió. El rey estaba sin embargo resuelto á llevar á cabo á todo trance la expedición. Al efecto, fué nombrado general en jefe de ella don Félix Callejas, antiguo virrey de Méjico, conocido con el título de conde de Calderón. Fué éste el general que hizo presente al gobierno español las dificultades que tocaría, no contando con un punto de apoyo en las costas del Río de la Plata y la contingencia de encontrar allí dos enemigos en vez de uno, según queda relatado (§ I), á las que se agregaban otras de mayor gravedad, por cuanto afectaban la existencia misma de las tropas expedicionarias. Diseminados los cuerpos con motivo de la propagación de fiebre amarilla, el batallón denominado « Asturias », mandado por el coronel Rafael del Riego, se acantonó en el pueblo de las Cabezas de San Juan, que debía ser teatro de uno de los hechos más memorables de la España moderna. El gobierno español empeñado, á pesar de todo, en su plan de expedición al Río de la Plata con los elementos á la sazón disponibles, dispuso que el ministro de Marina, Cisneros, activase el embarco. Tal era el estado de cosas en España en setiembre de 1819.

III

El anuncio formal de una gran expedición española con destino al Río de la Plata, fué el fantasma alrededor del cual giró el movimiento político y militar de las Provincias Unidas durante el año de 1819. Su primer aviso determinó la confirmación del repaso de los Andes, y las noticias sucesivas, según eran alarmantes ó tranquilizadoras, motivaron las órdenes y contra-órdenes expedidas en consonancia, determi-

nando en la diplomacia combinaciones trascendentales. La primera noticia de que una expedición se formalizaba en Cádiz, recibióse en Buenos Aires cuando ya el general Rondeau se hallaba al frente del gobierno en reemplazo del director Pueyrredón (julio 1819). Exaltado al mando supremo por los votos de la Logia lautarina, la situación política no se había alterado: la misma oligarquía, — aunque muy disminuía en su influencia eficiente, — con los mismos hombres y las mismas ideas seguían al frente de los negocios públicos, y San Martín era siempre el hombre de guerra de la época. Así, su primer providencia fué llamarle como á un salvador. « Entre las angustias que afligen al director supremo, — decía — le el ministro de la Guerra, — en las apuradas circunstancias de hallarse el tesoro exhausto y repetirse las noticias anunciadas de una fuerte expedición española contra estas provincias, no es la menor dificultad la salud de V. E. cuyas virtudes y conocimientos militares reputa el gobierno como un antemural de la libertad de la patria. La nación está persuadida que cualquiera que sea su estado, consagrará toda su sangre en defensa del país, y es de necesidad se pongan todos los medios para que no sean estériles tan nobles sacrificios. Por esto es que, contando el gobierno, como contará siempre con su heroico esfuerzo, desearía y quiere, cuando su salud se lo permita, se trasfiera á la brevedad posible á esta capital con sólo el único, urgente é importantísimo fin de consultar con el gobierno y demás jefes militares de la nación, el plan de defensa y demás providencias que deban y puedan adoptarse en el alto empeño á que tales ocurrencias nos precisan » (4). El general contestó, que « por muchos que fuesen los servicios que hu-

(4) Doc. del Arch. general, leg. « Capitán Gral. San Martín, 1818-1819. » Idem orig. en el Arch. San Martín, vol. XXVII. M. S. S.

biese prestado á su patria, quedaban más que recompensados por los conceptos con que era honrado, y que pronto á hacer el sacrificio de su vida en bien de la causa, se pondría en marcha á recibir las órdenes de su gobierno » (5). Su salud era en aquellos momentos deplorable: su afección al pecho y sus dolores reumáticos y neurálgicos habían vuelto á atacarle con intensidad, al punto de verse obligado á delegar el mando militar en Alvarado, y sólo encontraba alivio á sus males en el abuso del opio, pasando largas noches de insomnio (6).

Desde las primeras noticias, San Martín no dudó que la expedición era un hecho, y meditando en una de sus noches de vigilia sobre los medios de contrarrestarla, tuvo la inspiración de un plan atrevido, que si bien no pasó de conato, da la medida de la amplitud de sus concepciones. Doblar el Cabo de Hornos con la escuadra chilena al mando de Cochrane y atacar la expedición española en el Atlántico, tal fué el plan que San Martín propuso reservadamente al gobierno de Chile sobre la base de correr de cuenta de las Provincias los gastos de la escuadra chilena y ofreciendo adelantar á la vista 50,000 pesos para su apresto, bajo el compromiso de que la división de los Andes que se hallaba en territorio chileno sería atendida por el gobierno argentino y permanecería en Mendoza una fuerza de 2,500 veteranos para resguardo de Chile. Las consideraciones militares en que fundaba la excelencia de su plan además de las políticas, son dignas de la historia: « Siendo indudable, — de-

(5) Doc. del Arch. general, leg. citado. M. S. y libro copiadador de San Martín, vol. XXVII. M. S. S.

(6) El general Alvarado en su « Memoria », cit. dice: « Los males del General se agravaban notablemente, y habían llegado á punto de hacerse preciso ocultarle todas las comunicaciones que se le dirigían y que yo contestaba. Su estado era amenazante á su conservación, y llegué á desesperar de ella. » M. S. (Arch. San Martín, vol. LXXII.)

» cía, — la salida de Cádiz de tres navíos y dos fragatas con
 » destino al Pacífico, quiero suponer que la fortuna de la
 » marina de Chile apresase uno de los navíos por la separa-
 » ción consiguiente que deben experimentar al paso del
 » Cabo; de toda suerte la escuadra de Lima quedaría muy
 » superior á la Chilena, y en tal caso ésta se vería en la ne-
 » cesidad de encerrarse en uno de sus puertos, con la gran
 » dificultad de poderla sostener. El virrey de Lima podría en-
 » tonces expedicionar contra Chile, donde encontraría fuer-
 » zas escasas, pues si los españoles atacan á Buenos Aires,
 » necesariamente deben repasar la cordillera las fuerzas
 » del ejército de los Andes que se hallan en Curimón de lo
 » que resultaría quedar débiles en todas partes. En las críti-
 » cas circunstancias en que se presenta la América, yo no
 » encuentro más arbitrio que el que la escuadra de Chile
 » salga sin pérdida de momento á destruir la expedición es-
 » pañola que debe salir de Cádiz en todo agosto, escoltada á
 » lo más por dos fragatas, pues nada tiene que temer de las
 » fuerzas marítimas de las Provincias Unidas, debiendo su-
 » poner á las de Chile ocupadas en el Pacífico » (7). Al mismo
 » tiempo escribía á O'Higgins: « El destino de la América del
 » Sur está pendiente de Chile. Si convencido de mis razones
 » hace usted partir la escuadra para batir la expedición, San
 » Martín ofrece bajo su palabra de honor y como amigo los
 » artículos que oficialmente le propongo. Es la ocasión de
 » que sea Vd. el libertador de la América » (8). Al enviado

(7) Ofi. de San Martín al gobierno de Chile, de 28 de julio de 1819 en Mendoza. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

(8) Carta de San Martín á O'Higgins, de 28 de julio de 1819, publicada por primera vez por Vicuña Mackenna en « Rel. históricas », 2.ª parte, p. 683. (Este es el único documento referente al plan que encontró Vicuña Mackenna en el archivo de O'Higgins, y el único que hasta hoy se haya publicado. La serie completa la hemos encontrado original en el archivo de San Martín, y se inserta en el Apénd. núm. 25.)

argentino en Santiago, Guido, le decía: « Entre mis reflexio-
 » nes de esta noche se me ha ocurrido lo único capaz de
 » salvar el país. Por no perder un tiempo precioso no se las
 » copio, pero véalas en el oficio que dirijo á O'Higgins. El
 » amor de la patria me hace echar sobre mí esta inmensa
 » responsabilidad: si contribuyo á salvarla, aunque después
 » me ahorquen. Como verá por el oficio, está usted facul-
 » tado por mí para esta negociación. Los cincuenta mil pesos
 » ofrecidos los tengo prontos, y por el poder que le incluyo
 » puede tomarlos de los amigos. Del sigilo pende el buen
 » éxito: O'Higgins, usted y Cochrane son los únicos que es-
 » tán en el arcano. Cuando la escuadra salga, sería con-
 » veniente echar la voz de que marchamos á destruir á
 » Lima » (9).

Esta empresa era para tentar un genio audaz y aventurero como el de Cochrane, pero cuando las comunicaciones de San Martín llegaron á Chile (agosto 6), su cabeza estaba ocupada con el plan de destruir la escuadra española en el Callao. Así, aun cuando la idea era aceptada por O'Higgins y Guido la apoyó calurosamente, el almirante se opuso abiertamente á ella, y declaró que antes de todo era necesario incendiar la escuadra española del Callao, de lo que « respon-
 » día con su cabeza » con el auxilio de los cohetes á la Congreve que había hecho construir (véase cap. XXII, § III), llegando á decir: « Con mi escuadra y mis cohetes, no temo ni á toda la
 » escuadra inglesa. » Por último, expuso: « que destruida la escuadra del Perú, la destrucción de los navíos españoles era segura aunque fuesen seis en vez de tres, y se presentasen unidos », y consignó su opinión por escrito en estos términos: « Estando ya casi prontos los cohetes, es necesario

(9) Carta de San Martín á Guido, de 28 de julio de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

» quemar primero la escuadra y trasportes del Callao. Todo
 » esto puede hacerse, y la escuadra de Chile tocando en Val-
 » paraíso á su vuelta, puede estar en el Río de la Plata ó en
 » Río Janeiro en tiempo para frustrar los planes de los espa-
 » ñoles; pues repito por escrito, que con sólo los cohetes po-
 » demos destruir una fuerza naval superior, y que debe cons-
 » truirse sin pérdida de tiempo, además de la cantidad orde-
 » nada, toda la que sea posible, para destruir la expedición
 » que se espera de España, restándome sólo agregar que
 » creo infalible la aniquilación de los buques del Callao,
 » desde que la emprendamos. » Á San Martín le decía confi-
 » dencialmente: que « le era agradable cooperar á su grande
 » obra, pudiendo asegurarle, que en un mes más, la escua-
 » dra y trasportes del enemigo en el Callao habrían dejado
 » de existir » (10). El plan no tuvo ulterioridad y quedó se-
 » pultado en el secreto de los tres personajes que tomaron co-
 » nocimiento de él.

El director Rondeau seriamente alarmado por nuevo aviso
 transmitido por los agentes de Cádiz, redobló sus instancias
 á fines de agosto, asegurándole: « que la expedición era in-
 » ducible, y que á principios de setiembre debía dar la vela,
 » pues así lo hacían saber los enviados argentinos de
 » París y Río Janeiro, aconsejando poner el país en estado de
 » defensa sin pérdida de momentos; y que por consecuencia, la
 » presencia del general se hacía cada vez más necesaria en
 » Buenos Aires para concertar el plan de resistencia, por ser el

(10) Forman serie con los documentos sobre este plan cit. en la nota anterior, — todos los cuales se insertan en el Apénd. núm. 25, — los siguientes: Carta de O'Higgins á San Martín, de 7 de agosto de 1819, contestando á la del segundo de 28 de julio. Ofi. reservado de Guido, de la misma fecha. Carta muy reservada de Guido de la misma fecha. Carta de Cochrane á San Martín (en inglés) de 6 de agosto de 1819, sobre sus planes. Ofi. de Cochrane á O'Higgins, de la misma fecha, fundando su opinión sobre el plan de San Martín. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

indicado para mandar en jefe el ejército que debía formar-
 » (11). El general, que tenía las mismas noticias por su
 » agente en Londres, Álvarez Condarco, comprendió que « todo
 » se lo llevaba el diablo », según su expresión proverbial, si
 » los españoles se posesionaban del Río de la Plata, aun cuando
 » se conquistase el Perú, pues perdía la América su base de
 » operaciones; y renunciando por el momento á esta empresa,
 » contrajo toda su atención á la defensa del territorio argen-
 » tino, punto de apoyo de la resistencia continental. La con-
 » testación al director Rondeau sobre este tópico, tiene el tim-
 » bre del clarín del vencedor de San Lorenzo, que en más
 » vasta escala y con iguales bríos se preparaba á renovar en
 » las márgenes del Plata la hazaña con que se ensayó en el
 » Paraná, echando al agua á los españoles. Le ofrece por con-
 » tingente un ejército de 4,000 hombres, de los cuales cerca
 » de tres mil de caballería, que estaría pronto en el mes de oc-
 » tubre, aconsejándole se armase de resolución para exigir del
 » pueblo los sacrificios que eran indispensables. « Si somos
 » libres, le decía, todo nos sobra y por consiguiente los ciu-
 » dadanos serán recompensados de sus esfuerzos. Yo estoy
 » firmemente persuadido que si el pueblo de Buenos Aires y
 » el resto de las provincias hacen un corto sacrificio, y pone-
 » mos diez mil veteranos, como podemos hacerlo en cuatro
 » meses, batimos al enemigo, y no son los españoles los que
 » nos bajan la cerviz. Diez y seis escuadrones con 30 piezas
 » volantes nos aseguran la victoria » (12). La combinación de
 » la caballería con la artillería ligera, contra un enemigo inva-
 » sador desprovisto de medios de movilidad en un país llano, he
 » ahí la idea nueva, que aún no se había acreditado en el mundo

(11) Cartas del director Rondeau á San Martín, de 17 de junio, 26 de julio y 17 de agosto de 1819. M. S. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

(12) Carta de San Martín al director Rondeau, de 27 de agosto de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

militar como principio de táctica combinada. Por eso daba tanta atención á la caballería, alterando su proporción con las demás armas á la inversa de lo que practicara en la organización de sus ejércitos durante la campaña de Chile. Pero estos planes, como los anteriores, debía llevárselos el viento, y quedar simplemente bosquejados como una muestra del genio militar de su autor, á la vez que de las diversas alternativas por que pasó su espíritu en medio de las peripecias de la época. La cronología de los hechos explicará estas peripecias y estas alternativas.

Á fines de octubre recibióse en Buenos Aires la falsa noticia de que O'Donnell á la cabeza del ejército de Cádiz, se había sublevado y marchaba sobre Madrid. El director supremo dispuso en consecuencia, que el ejército del norte acantonado en las inmediaciones de Córdoba regresase á Tucumán, y escribió á San Martín: « Por ahora fué á tierra el proyecto » de invadirnos » (13). Á principios de octubre vuelve á renacer la alarma al saberse que O'Donnell ha sofocado el levantamiento militar próximo á estallar; pero antes de finalizar el mes, el gobierno tenía la evidencia de que la expedición estaba desbaratada en gran parte, y que era cuando más un peligro remoto. Así lo demostraba el periódico oficial (14) y lo ratificaba confidencialmente el mismo director: « Remito » copia de la última comunicación que he recibido de Gibraltar sobre movimiento de la Península y estado de la expedición hacia esta parte. Por ella se deja conocer que si insisten en su proyecto, no será tan pronto realizable, y así » tendremos siempre tiempo suficiente para prepararnos » (15).

(13) Carta del director Rondeau á San Martín, de 26 de setiembre de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

(14) Véase: « Gaceta de Buenos Aires » núms. 143 y 144, de 20 y 27 de octubre de 1819.

(15) Carta del director Rondeau á San Martín, de 27 de octubre de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

En los primeros días de noviembre súpose positivamente que la peste se había propagado en el ejército expedicionario, diseminándose en sus cuerpos (16) aun cuando más tarde se anunció, — por la última vez, — que el gobierno español persistía en su propósito á pesar de todo. Desde entonces se tuvo la evidencia de que la expedición era imposible ó por lo menos muy problemática. En efecto, la España estaba agotada, y la última conmoción abortada de su ejército, la había quebrado militarmente, aumentando su malestar político. La metrópoli ya no enviaría á América un solo soldado. Su último ejército expedicionario, se convertiría en ejército revolucionario. El último de sus ejércitos, que á la sazón levantaba el estandarte del rey en sus colonias independizadas, estaba circunscrito á las montañas del Perú. Allí lo iría á buscar San Martín, obedeciendo al impulso inicial de la revolución argentina, y en remotas playas continuaría defendiendo el suelo nativo, que ya nadie atacaría.

IV

Si la expedición española fué en casi todo el curso del año de 1819 el fantasma alrededor del cual giró la política exterior del Río de la Plata, la guerra civil fué el espectro pavoroso que dominó toda la política interna. Esta guerra, era obstáculo para el desarrollo de los planes de San Martín, y por eso, antes de repasar los Andes y después de poner el pie en tierra argentina, todos sus conatos tienden á suprimirla, de cualquier modo que sea, primeramente, al promover por medio de la misteriosa Logia la mediación del go-

(16) Véase: « Gaceta de Buenos Aires » núm. 147, de 10 de noviembre de 1819.